

ct

Los Satélite

de
Ricard Gázquez Pérez

(fragmento)

(Un espacio blanco.)

JENN

Estuve en los autos de choque. Me salté las clases de la tarde por lo que había pasado con el novio de mi madre. (Pausa.) Me subí un rato a un coche y estuve dando vueltas sola por la pista vacía hasta que empezó a llegar la gente. «Como si fuera por la autovía hacia las playas, lejos, más allá de donde están las nucleares, hacia el sur. Me gustaría bañarme de madrugada, como si no hubiera nadie más en este mundo», pensaba. «Aunque sería más fácil llegar hasta el canal y caminar por el filo como una equilibrista. ¿Y si diese un traspies? Los pescadores de ranas oirían un chapuzón y dirían: ya están otra vez tirando basura al río. A saber qué porquería nos manda ahora la corriente. O seguirían ahí sin decir nada con sus colillas en la boca. ¿Cuántos días pasarían hasta que me echasen de menos mis amigas? ¿Cuántos días pasarían hasta que alguien me encontrase flotando con el pelo lleno de algas? Seguro que entonces mamá derramaría alguna lágrima. Montaría un numerito de los suyos. Se las arreglaría para seguir siendo el centro de atención, y a la niña... que le den. No haberse ahogado. No haberse tirado al río. No haberse dejado liquidar. A lo mejor sí que lloraría de verdad por su niña si pensase que algún hijo de puta la mató». (Ríe. Se pone seria otra vez.) Siempre montan las atracciones cuando se acerca la Navidad. El chaval que controla los coches me regaló dos fichas gratis: «Para que vuelvas cuando quieras», me dijo. Cuando salí me sentía mareada. No sé si de dar tantas vueltas o porque apenas comí nada en todo el día. Me senté en las barandas a ver pasar a las familias de moros con sus nubes de algodón. Entonces me tomé un *Paxil* que le había cogido a mi madre del botiquín. De una fiambarrera de plástico que tiene llena de pastillas. Me quedé allí sentada hasta que empezó a oscurecer y encendieron las luces de todas las atracciones a la vez. (Pausa.) En el pasaje que hay debajo de la C-31 me encontré con dos críos que se estaban poniendo azules con la cola, llenos de mocos y de babas. Les quité las bolsas y me peleé con ellos, «sólo tenéis doce años», les dije. Se pusieron como fieras y empezaron a soltar patadas, pero aún así les quité las bolsas, les miré a los ojos y les dije: «me conocéis y yo os conozco. O sea que ya podéis salir de aquí cagando leches». Casi se derriten, «como vampiros al Sol», pensé. Aunque ya estaba oscuro. Les dolían los ojos, se tapaban la cara con las manos. «¿A qué clase vais?», les dije, «y a ti qué te importa, imbécil, ¿qué te crees?». Se resistieron, me puse como no me gusta ponerme, afilada como un grillo cebollero, como un cuchillo, quiero decir, fue muy desagradable. Me costó lo mío echarlos de ese túnel asqueroso, pero al final se fueron. Olí un poco la cola de las bolsas, por curiosidad, y luego las tiré en un contenedor lleno de mierda. Nunca me ha gustado el colocón tan chungo que te da la cola, te pone el cerebro del revés. Tuve que ir a la conserje del centro de los viejos para pedirle una infusión o algo que me quitara la tontería. «¿Qué te has metido?», me dijo. «Nada. Ha sido un error. / ¿Cómo un error? ¿Qué clase de error? / Se lo he quitado a unos niños y he querido saber el qué. / ¿El qué? ¿El qué de qué? ¿Estás tonta? / No pasa nada. / ¿Pegamento? / Dame una manzanilla, por favor. / Te va a hacer vomitar. / Es lo que quiero. / Bueno, de acuerdo, espera aquí», me dijo. Me la dio y en seguida me hizo efecto, o sea que vomité en el lavabo y se me pasó el mal rollo de momento. Entonces debían ser las ocho de la tarde. Volví a salir a la calle y escuché un silbido desde lejos. Me di la vuelta, pero no vi que hubiera nadie. Sólo dos sombras a lo lejos. Se acercaron. Debían ser currantes de los cacharritos de la feria, porque llevaban las cabezas en la mano. No se si discutían o si él le tiraba los tejos a ella o al revés. En realidad no sé muy si lo que decían tenía ningún sentido. Ella llevaba un vestido rojo muy ceñido, como el de Betty Boop. Él iba disfrazado de Popeye, con unos brazacos y el tatuaje con el

ancla. Los dos con las cabezotas de cartón piedra en la mano. Ella decía: «Es un pesado y un plasta. Cómo abusa de la cámara lenta y los rollos que te mete. Además es un mundo totalmente masculino en general. La estética, los argumentos, todo. Ya sé, lo que tú dices: está homenajeando la serie B y el espagueti y el cómic y todo lo que tú quieras, pero a mí no me la cuela, y sí, las bandas sonoras molan, bueno ¿y qué? Aparte de las primeras, lo demás me parece un auténtico tostón. Blablablabá, mucho ruido y pocas nueces. Las de *Kill Bill*, aún, entretenidas, pero es que a mí me hincha. Y hay que ver los pies tan grandes y tan feos que tiene la Uma Thurman. Con lo guapa que es y el tío va y te enseña los pies. Es que hay faena con el colega».

(Pausa.)

Entonces se escucha otro silbido aún más fuerte. Me largo de allí. Desaparezco. (Pausa.) Al segundo, llega Toni, que tiene un *crush* con mi prima que no veas, pero como ella pasa de él... En fin, que se pone a hablar con Popeye y le dice: «¿Dónde está la Jenn?» le pregunta. «¿Quién es la Jenn?», le contesta el otro. «La Jenny», dice él. «¿A dónde ha ido? / Pues no lo sé. ¿Qué pasa? / ¿La conocéis? / ¿Y tú? ¿Por qué la buscas?», le dice Betty Boop con su cabezota de cartón piedra en la mano. «Déjame, loca, no te metas. Paso de vuestro rollo», dice él. Después escupe en el suelo, se monta en el *skate* y sale a todo gas para ver si me encuentra. Se para otra vez. Le pregunta a más gente, pero nadie sabe nada. Nadie me ha visto. Nadie me conoce. Nadie tiene ni idea de dónde me he metido. Nadie tiene ni idea de dónde puedo estar.

LA MEJOR AMIGA

Tomamos unas fotos en el bosque para un trabajo de Biología que hacíamos a medias. Fue una excursión bonita. Fuimos en metro y luego hicimos transbordo para coger los ferrocarriles del Vallès, y luego el funicular. Después caminamos un buen rato. La cosa consistía en «delimitar un metro cuadrado de terreno y analizar todo lo que encontrásemos en ese ecosistema», como dijo la profe. «Un metro cuadrado es una infinidad. Hay más microorganismos de los que vosotras os podéis imaginar», como dijo la profe. Mi prima se rió, la Jenn, dijo que ahí cabría una jirafa si se estuviera quieta «para ramonear los brotes tiernos de las ramas», dijo. Le hacía gracia esa frase, la leyó en algún sitio, no sé dónde. La tenía apuntada en su cuaderno lila. A primera vista, en la foto, se veía un trozo de hierba más o menos verde, con clapas amarillas quemadas por el Sol. Con un palito en medio y una piedra. «Así de lejos, serían como islotes», dije yo. «Y con esta luz tan rara... el verde es azulado y, según como, rojizo», dije yo. Y mi prima: «¿Y qué más? Llámosle Daltonia, un archipiélago muy remoto», dijo. Tiene unas cosas... Pero si te acercabas, había mucho más. La profe tenía razón. Hicimos una lista. Había: una chapa de metal roja y oxidada; diecisiete fibras de plástico esparcidas, como de un saco industrial gris roto arrastrado por el suelo; seis caracoles pequeñísimos reunidos en un minimatojo, casi blancos; ocho lombrices enroscadas en un hoyo; tres fragmentos minúsculos de espejo; un hueso de aceituna; dos centímetros y medio de tela estampada de algodón con un dibujo de espirales rosas con líneas discontinuas; una especie de escarabajo muy pequeño; un trozo de lápiz de ojos negro con punta y todo (no era un palito); debajo de la piedra, un envoltorio de *Snickers*, todavía con restos de chocolate en su interior; una hilera de ciento treinta y cuatro hormigas con idas y venidas hacia el envoltorio; un mechón de pelo castaño con tinte azul y verde...

LA MUJER MADURA

Pasó la noche a su lado, lo tuvo todo el tiempo cogido de la mano. No lo podía creer. Le dije que se marchara, pero se comportaba como si no pudiera oírme. Tenía la mirada perdida, un poco ida.

Como si estuviera drogada o algo así. Cuando llamó a mi puerta, miré por la mirilla antes de abrir, siempre lo hago. Y entonces la vi ahí descalza, medio desnuda, con una camiseta de tirantes y el pantaloncito de un pijama de verano. «¿Qué quieres, Jenny?», le dije. Abrí la puerta y le pregunté: «¿Qué haces aquí? Ya te he dicho que no puedes ver a mi padre. Déjanos en paz en estos momentos de dolor», le dije. «¿No ves que así no se visita a una familia cuando vela a sus enfermos? El doctor nos ha dicho que lo más probable es que no pase de esta noche», dije. No contestó. «¿No te das cuentas de cómo vas vestida? Estamos en otoño». Se le marcaba todo. «Ya tienes quince años. No puedes aparecerte así como si nada en mitad de la noche. No puedes llegar aquí caminando entre los bloques bajo la lluvia en camiseta, es peligroso. Te podrían raptar... o hacerte daño». Pero no me hizo caso. Entró tranquila y caminó hasta la habitación donde yacía mi padre. Mi marido quiso detenerla, pero ella le miró a los ojos y él se detuvo. No le salían las palabras. Entonces cogió su chaqueta, muy nervioso, con las mejillas sonrojadas. Y le dije: «¿Qué pasa? ¿Adónde vas? ¿Por qué te ruborizas? ¿Es que acaso tienes algo que contarme?». «No lo sé, déjame, no te entremetas, por favor», me dijo. Y yo: «¿que no me entremeta en qué?». Pero entonces él cogió la puerta y se marchó, y ella entró en la habitación del abuelo y se sentó a su lado. Le agarró de la mano y susurró unas palabras que le hicieron sonreír. Creíamos que ya no escuchaba nada, no respondía a nada desde hacía más de dos semanas. No comía, apenas veía o debía de ver sombras. El color de su piel se había vuelto verdoso. La única respuesta que le habíamos escuchado quince días atrás era cuando le inyectábamos los calmantes y se relajaba por completo. Entonces nos susurraba «gracias», nos decía, como si hablara desde el fondo de sus sueños. «Gracias», nos decía, nada más. Pero eso fue antes de perder el conocimiento por completo. La cosa es que llegó ella y que se metió en el cuarto del abuelo, y que se quedó allí a su lado toda la noche cogida de su mano. Nos quedamos allí plantados, mis dos hijos y yo, y no podíamos movernos. No podíamos atravesar el umbral de la puerta de la habitación, como si hubiera una pantalla invisible o como si una fuerza sobrenatural nos retuviera. Ellos dos no le quitaban los ojos de encima a la muchacha. «Mira, aquí están mis dos hijos, podrían llevarte hasta tu casa, si quieres. Podrían protegerte si te da miedo ir sola. Son fuertes». Pero ellos me dijeron: «mamá, por favor, no digas nada, déjala». Y yo: «No la miréis así. No está bien mirar así a las personas», dije. «¿Pero qué dices?», contestaron. «No está bien», dije. Y le pregunté: «¿No quieres que te acompañen a tu casa?». Pero ella no contestaba. Entonces llegó el alba, empezó a amanecer y mi padre parpadeó y abrió los ojos, le había vuelto el color y se incorporó en la cama hasta sentarse. De repente, paró la lluvia. Hacía dos semanas que llovía sin parar, torrencialmente. Ella soltó su mano y caminó hacia nosotros, cruzó entre nosotros como si no estuviéramos allí, así, sin más, y nos apartamos. Mi padre se levantó de su lecho de muerte y la siguió, se calzó las zapatillas y salió tras ella con su pijama azul cielo con ribetes en las mangas, el que había pedido para morir tranquilo y elegante. «Jenny, ¿qué has hecho, Jenny? ¿Adónde vais?», dije. «Déjanos, madre, déjanos», dijeron los gemelos. «Nunca me habéis llamado madre. ¿Por qué me llamáis madre?», dije. Bajaron la escalera detrás de ella, mi padre, muy ligero, sin su bastón ni nada, y detrás de mi padre, mis dos hijos. Los tres tenían la mirada perdida, como ella, los tres caminaban unos metros por detrás de la muchacha. «Ya no siento dolor», dijo el abuelo. «Déjame que te abrace», dije. «No, aparta. A buenas horas», dijo él. «¿Por qué? ¿Adónde vais? ¿Por qué me dejáis sola?», pregunté. «Al menos, que el abuelo se ponga la bata», dije, «y que coja el ascensor». «No importa. Tenemos que ir con ella», dijeron mis dos hijos. «¿Adónde te los llevas? Detente, Jennifer, por favor», dije, «¿Adónde vais?» Y quise interponerme y sujetarla.